DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO (A)
Homilía del P. Damià Roure, monje de Montserrat
31 de agosto de 2014
Jer 20,7-9; Rom 12,1-2; Mt 16, 21-27

En el evangelio que acabamos de escuchar encontramos a Jesús hablando con sus discípulos. El pasado domingo, podíamos oír como Pedro había reconocido en Jesús al hijo de Dios vivo. En respuesta a este reconocimiento, Jesús reunió la iglesia en torno a Pedro. Este domingo Jesús empieza a manifestar claramente a sus discípulos que su camino hacia la resurrección tiene que pasar por momentos de sufrimiento, hasta llegar a la cruz y morir.

Ante el anuncio de la futura pasión, la reacción de Pedro -diciendo que eso no podía ser, que su maestro era demasiado bueno para que lo trataran así-, muestra que aún no había comprendido el misterio de Jesús. Quería ver en Jesús un mesías a nuestra medida, de acuerdo con unas previsiones muy humanas, pero no según el plan de Dios. Es por eso que Jesús le dice: «tú piensas como los hombres, no como Dios».

Si Jesús -como lo acabamos de oír- no aprueba la actitud de Pedro, es porque, cuando Pedro le pide que deje de lado el camino de la cruz, parece que quiera ponerse frente a su maestro. Por eso Jesús le habla ásperamente para disuadirle. Pedro no podía impedir que Jesús actuara como el Hijo que sigue la voluntad de su Padre del cielo.

Aunque Pedro en este momento todavía tiene que progresar, la respuesta que le da Jesús no es un rechazo, sino, al contrario, es una invitación. Jesús le repite las palabras que le dijo cuando lo llamó a ser discípulo, cuando le dijo a él y a su hermano Andrés: *Venid y seguidme*, (Mt 4,18-22). Le dice que vuelva a ocupar el lugar de discípulo, que la acompañe y que siga sus pasos. Jesús le quiere hacer ver que el lugar del discípulo no está delante del maestro, sino detrás, acompañando a su maestro en el camino que debe seguir.

Las instrucciones que da Jesús a sus seguidores comienzan, pues, con las mismas palabras que Jesús ha usado para llamar a Pedro: *El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga*, y con estas palabras se dirige también a todos nosotros, nos encontremos el lugar donde nos encontremos. Porque seguir a Jesús significa tenerle plena confianza, quiere decir hacer camino con él, en medio de las dificultades y contratiempos de la vida, significa tratar de obrar bien con todo el mundo, de actuar con justicia; y quiere decir, también, ayudar a los que más lo necesitan.

Para seguir a Jesús más de cerca, tratemos, pues, de escuchar sus palabras, de leerlas a menudo y meditarlas. Las encontramos en el Evangelio, las oímos cada domingo o más a menudo en misa. Nos ayudan a reconocer día a día cuál es la voluntad de Dios, lo bueno, agradable a Dios y bueno para todos nosotros. Busquemos pues seguir a Jesús y dejemos que él nos acompañe, que nos acompañe con su palabra de vida y con el don de la Eucaristía, ese don que ahora todos juntos agradecemos y celebramos.